

¿Cómo llegar a tener una imagen correcta de la vida?

(Eclesiastés 7; 8)

Los contrastes que se señalan en Eclesiastés 7 y 8, tienen como fin ilustrar cuán confundida está la gente acerca de las prioridades de la vida. Las elecciones que pensamos son mejores, no siempre lo son. Estamos percibiendo una imagen invertida de la vida, y sin embargo creemos percibirla correctamente. El hombre sin Dios percibe una imagen invertida de la vida, y no se da cuenta de ello. Cuando Pablo y sus colaboradores fueron a Tesalónica, ciertos hombres de la ciudad los acusaron de trastornar el mundo entero, es decir, de ponerlo de cabeza (Hechos 17.6). En realidad ya estaba de cabeza, y lo que los cristianos procuraban, era ponerlo de pie.

Lo que Salomón consideraba mejor en la vida, puede no ser considerado así por la persona común. Algunas de las experiencias que Salomón consideraba mejores, son aquellas que tratamos de evitar porque son desagradables.

VEA LAS SITUACIONES TAL COMO REALMENTE SON (7.1-7)

En primer lugar, Salomón decía que un buen nombre es mejor que un costoso perfume. En los tiempos bíblicos se le concedía gran valor a los perfumes caros. Judas Iscariote se molestó cuando María usó un costoso perfume para ungir los pies de Jesús. Estuvo presto para señalar que se podía haber vendido por trescientos denarios, y el dinero haberse dado a los pobres. No era que a Judas le preocuparan los pobres; sino que, como él era el tesorero del grupo, deseaba que el dinero estuviera en su bolsillo (Juan 12.1-6). Esto es lo que Proverbios 22.1, dice: “De más estima es el buen nombre que las muchas riquezas, y la buena fama más que la plata y el oro”. El nombre de Judas siempre será objeto de escarnio por haber tenido una imagen invertida de la vida. Sus prioridades no estaban ordenadas correctamente.

En segundo lugar, Salomón dijo que el día de la muerte es mejor que el día del nacimiento. No hay duda de que nuestra forma de pensar acerca de estos eventos es contraria. Nos gozamos cuando un niño nace, y lloramos cuando un ser querido muere. Celebramos los años que alguien tiene de haber nacido, pero no los años que tiene otro de haber muerto. Según Salomón, debemos llorar cuando un niño nace y regocijarnos cuando alguien se gradúa para entrar a la gloria.

En tercer lugar, es mejor ir a un funeral que a un banquete. ¿Por qué? En un banquete es poco lo que se gana, si acaso unos breves momentos de alegría, las risas que pasan y la llenura de un estómago que pronto estará vacío. El llanto, en cambio, lleva a una seria reflexión que ablandará el corazón.

En cuarto lugar, es mejor oír la reprensión del sabio que la canción de los necios. Los jóvenes que no atienden a la corrección, continuamente buscan escaparse al son de la música tocada a un alto volumen. El disfrute ocioso es inútil, y la risa es tan efímera como las espigas secas que arden debajo de un caldero.

Esta lista, en la que se señala qué es “mejor”, ilustra que la vida no puede ser lo que debe ser, sino hasta que pongamos en orden nuestras prioridades.

CONSIDERE EL RESULTADO FINAL (7.8–14)

El entrenamiento ocupa una de las posiciones más altas en la lista de prioridades de un atleta. Éste suda, se esfuerza y se le acalambran sus músculos, pero no porque le guste el dolor, sino porque tiene la mirada puesta en la carrera final y la línea de meta. No es lo que nos sucede en un momento dado lo que determina el significado, sino el modo como al final se decide. “Mejor es el fin del negocio que su principio” (7.8a).

En 7.8b–10, leemos que es mejor ser paciente antes que arrogante:

... mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu. No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios. Nunca digas: ¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que estos? Porque nunca de esto preguntará con sabiduría.

La impaciencia propicia el enojo. Que sea inútil enojarse no es el único problema; sucede también que, por la impaciencia, veremos irse la vida deseando las cosas que quisiéramos ya. Esto también es insensato. Cuando somos jóvenes, nos impacientamos por crecer y tomar control de nuestras vidas. Cuando somos mayores, deseáramos ser jóvenes otra vez. Tales deseos son vanidad y aflicción de espíritu. Lo que Salomón estaba diciendo, es que deberíamos aprender a aceptar pacientemente lo que en suerte nos ha tocado vivir.

Salomón también dijo que es bueno ser sabios en el uso de herencia (7.11–14). El dinero y la sabiduría tienen sus ventajas, pero es la sabiduría la que le señala el propósito a la posesión de aquél. Los que posean ambos, se beneficiarán de ellos. Una fortuna sin sabiduría es un infortunio. Cuando tomamos en cuenta los caminos de Dios, pronto nos daremos cuenta de que no podemos cambiar la manera como él hace funcionar las cosas. Lo que él tuere, nosotros no lo podemos enderezar; lo mejor que podemos hacer, es aceptar lo que en suerte nos tocó vivir. Deberíamos sentirnos felices cuando prosperamos; pero cuando no sea así, deberíamos tomar en cuenta que Dios es el que produce ambas cosas, la prosperidad y la adversidad, y que el propósito de éstas es ayudarnos a darnos cuenta de que debemos depender de él. Como no conocemos lo que el futuro que nos deparará, tiene sentido que depositemos nuestra confianza en

aquel que lo tiene en su mano.

EVITE LOS EXTREMOS (7.15–22)

Salomón ya había observado muchos extremos que no parecían tener propósito (7.15–17). Ya había visto hombres buenos morir jóvenes, y hombres inicuos vivir por largo tiempo. Éstos eran dos extremos que no parecían justos; los cuales ilustraban cuánta carencia de propósito parecía haber en ellos. Llegó incluso a aconsejar en contra del ser “demasiado justo”. Es probable que estuviera dando a entender la inutilidad de ser un fanático religioso. También aconsejó en contra del excederse en el papel de sabios. Es especialmente insensato hacer mucho mal. Los que se van a los extremos en algún aspecto, por lo general se autodestruyen a una edad temprana.

Necesitamos desarrollar un buen entendimiento de cómo es la vida (7.18–20). Si confiamos en Dios y le tenemos reverencia a él, todo saldrá bien. Esta clase de sabiduría nos brinda mayor fortaleza que diez poderosos de la ciudad. Todo mundo necesita sabiduría, pues todo mundo comete errores —aun cuando trate de hacer el bien.

No debemos tomarnos tan en serio las cosas malas que se digan (7.21–22). Incluso cuando se refieran a nosotros, no debemos permitir que nos molesten. Todo mundo es objeto de que alguien hable mal de sí. Incluso, cuando oigamos a nuestros empleados hablando mal de nosotros, no debemos tomárnoslo muy a pecho. Nosotros también habremos dicho cosas sin pensar, acerca de otras personas. Tal vez esto nos pueda servir para motivarnos a resguardar nuestra lengua con mayor cuidado.

APRENDA A APLICAR LA SABIDURÍA (7.23–29; 8.1)

Se necesita la sabiduría que proviene de Dios, para poder conservar una percepción correcta de la vida. Es difícil aprender acerca de la piedad, porque estamos viviendo en un mundo que muy poco se detiene a pensar en Dios. Incluso cuando aprendemos conceptos acerca de la piedad, a veces nos resulta difícil aplicarlos a situaciones que se dan en nuestras propias vidas.

Salomón estaba resuelto a ser sabio, pero no había aplicado su sabiduría de un modo correcto (7.23–25). Esto es lo que decía acerca de la sabiduría: “Lejos está lo que fue; y lo muy profundo, ¿quién lo hallará?”. Se propuso entender el por qué de todo lo que ocurría, tanto de lo bueno, como de lo malo. También quería saber por qué existía tanta insensatez y locura en el mundo. Le parecía que todavía había muchas cosas que todavía ignoraba.

Una de las conclusiones, a las cuales había llegado, era que una mujer inicua puede ser uno de los más grandes males del mundo (7.26). A “la mujer cuyo corazón es lazos y redes” la describía como “más amarga que la muerte”. Sólo los que agradan a Dios pueden escapar de la trampa de una mujer seductora. Es probable que Salomón se estuviera refiriendo a los vicios de la prostitución.

Después de haber buscado entre muchas personas, una por una (7.27–29), Salomón llegó a una conclusión. Según sus cálculos, solamente a un hombre entre mil se le podía considerar sabio. Entre las mujeres no había hallado a ninguna que fuera sabia. Y es que entre las debilidades de Salomón figuraban las mujeres. A Dios no le había agradado que se hubiera dejado extraviar por sus mujeres (1 Reyes 11). Si las mujeres, con las cuales se relacionó, hubieran sido buenas, otra hubiera sido su opinión de ellas.

De la conclusión, a la cual había llegado, sacó otra. Dios hizo al hombre recto, pero ellos se inventaron muchas maneras para extraviarse. Si los hombres tan sólo pudieran aprender a escuchar al Dios que los hizo, ellos no se hubieran sentido tan tentados a inventarse tantas maneras para contentarse ellos mismos.

La sabiduría de Dios le ilumina al hombre su vida (8.1). Cuando éste deposita su confianza en Dios, no tiene necesidad de inventarse maneras para saciarse a sí mismo. Su rostro brillará con el resplandor de su fe y confianza en Dios. La hermosura del Señor les alumbrará a otros a través de él.

SOMÉTASE A LA AUTORIDAD GUBERNAMENTAL (8.2–17)

La orden de un rey debe ser tomada tan en serio como un juramento de Dios (8.2–8). Salomón aconsejaba que el ciudadano del reino no fuera tan propenso a desertar aun cuando fuera tratado injustamente. El rey tiene el poder de hacer lo que le venga en gana. Su palabra es ley dentro de su territorio. Nadie se atreve a cuestionar sus decretos. Los que respeten la autoridad del rey no serán castigados. El sabio que tenga sus prioridades ordenadas correctamente hallará ocasión y modo de honrar al rey.

La sumisión a la autoridad civil ocupa un alto lugar en la lista de prioridades de los cristianos. Pablo les enseñó a los cristianos de Roma que estuvieran sujetos a los altos poderes (Romanos 13.1–7). No tienen sus prioridades correctamente ordenadas los que son incapaces de honrar a las autoridades civiles. Salomón llegó a la conclusión

de que la sabiduría nos lleva a estar sujetos a la autoridad gubernamental, simplemente porque todo tiene su ocasión y su propósito, incluso aquellas cosas que sean difíciles de sobrellevar. No hay hombre que pueda escapar de aquello que no sabe que va a ocurrir. Ni siquiera sabe cuándo morirá. No podrá evitar que su espíritu abandone su cuerpo llegado el momento. Es una batalla que todos deberemos pelear. Nadie estará exento de ella. No hay hombre que sea tan impío como para que esto lo libere de morir. La vida es demasiado corta, la muerte demasiado segura, y la eternidad demasiado larga, como para vivir en rebeldía.

Por otro lado, una de las situaciones más inútiles que Salomón alguna vez observara, era un rey que gobernara como tirano (8.9–13). Cuando el tirano moría, éste era sepultado con honra y luego, rápidamente olvidado. Otro tomaba su lugar para hacer lo mismo. Como la sentencia sobre tal maldad, no se ejecutaba inmediatamente, no había nadie que pareciera aprender de las experiencias del pasado. A pesar de que estos tiranos no atinen a aprender las lecciones de la historia, hay dos cosas de las que podemos tener certeza: 1) Un pecador podrá hacer el mal cien veces, y continuar viviendo por un tiempo, pero es al hombre que teme a Dios al que le irá bien al final (8.12), y 2) no le irá bien al impío, ni le serán prolongados sus días, pues no teme a Dios (8.13).

Salomón reconocía que no parecía correcto que a los justos se les tratara como a impíos y que a los impíos se les tratara como a justos (8.14). Llegó a la conclusión de que lo mejor que un hombre podía hacer, era disfrutar del bien de su trabajo que Dios le había dado mientras vivía. Cuando dedicaba su corazón a conocer sabiduría, se daba cuenta de que sin Dios, nada tiene sentido. Podremos buscar día y noche el significado de la vida y jamás lo hallaremos. Incluso el sabio que cree saber, en realidad no entiende todos los propósitos de Dios (8.17).

CONCLUSIÓN

Los que perciben una imagen correcta de la vida son los que optan por las prioridades de Dios. Los que le dan prioridad a lo que merece prioridad van a parecerles necios al resto del mundo. Hay ciertas prioridades que podrían no tener sentido desde un punto de vista terrenal, pero los que son piadosos confían en que Dios los guía a lo que mejor conviene. ■

“Es difícil ser cristiano, pero es muchísimo más difícil no serlo”.